

La calle
Diario de un espectador
Reyes y Carballo
por miguel ángel granados chapa

para el viernes cuatro de julio de 2008

Emmanuel Carballo es el mayor, el más riguroso crítico de la literatura mexicana. Es, en cierto modo, también uno de los más incisivos historiadores de ese quehacer. Sin proponérselo, creemos, fue pionero de la historia oral, una de las técnicas que el quehacer historiográfico tiene hoy entre sus máspreciadas herramientas. Las entrevistas que Carballo hizo a dos docenas de escritores mexicanos son, al mismo tiempo, materia prima y producto acabado de su conocimiento de las letras, y sus autores, en nuestro país.

Carballo apreció como es debido su trato con escritores. Privilegió el que pudo mantener con Alfonso Reyes durante la última década de la vida de este, el regiomontano que resume las glorias literarias de México. Por ello fue justo que en mayo pasado la Universidad de Nuevo León otorgara al crítico la medalla que lleva el nombre de ese “centauro” de la escritura como llama a Reyes.

El número de julio de la Revista de la Universidad de México incluye el discurso que Carballo pronunció al recibir la medalla. El texto enseña y complace en cualquiera de sus tramos. Queremos compartir con nuestros lectores el que se refiere al hábito de Reyes de mantener correspondencia con escritores:

“Algo que vale la pena elogiar en la obra de Reyes, al margen de los géneros que habitualmente trabajó, son las cartas que comienza a escribir desde los años de aprendizaje. Si leemos las cartas de Reyes dirigidas a Pedro Henríquez Ureña, a Genaro Estrada, a Julio Torri y a otros escritores más jóvenes, advertimos que en ellas se suelta el pelo, dice lo que en sus textos públicos calla. En ellas (sobre todo a partir de los años veinte, muerto ya su padre) es un narrador en momentos excelente, uno de los más poderosos escritores de cartas de nuestro siglo XX.

“Como ejemplo voy a referirme a un epistolario, el cruzado entre Reyes y Henríquez Ureña. Se trata de un conjunto de misivas de alta significación humana y artística, especie poco frecuentada en cualquier literatura. De haber nacido en Francia, Italia, Inglaterra, acaso España, Pedro Henríquez Ureña sería un crítico lúcido, un filólogo con ideas más o menos propias, un gramático profundo y sin oscuridades premeditadas; pero nació en Santo Domingo, en la República Dominicana, y por eso pocos lectores en los años diez del siglo pasado conocían su obra.

“Para romper el aislamiento, don Pedro salta a Cuba; de allí viene a México (que será su segunda patria), viaja a Estados Unidos y España y termina sus días en Argentina. En México ayudó a formar una generación de escritores, la del Ateneo de la Juventud. Próximo a José Vasconcelos, a Martín Luis Guzmán, Julio Torri, fue con Reyes con quien mejor se entendió y a quien más quiso.

“Las primeras cartas entre los dos son las del maestro y el discípulo, de don Pedro y Alfonsín; después, al principio de la madurez de Reyes, son las cartas de Pedro y Alfonso: años más tarde son las cartas de Alfonso Reyes y el profesor Henríquez Ureña: don Alfonso comenzó a figurar entre los grandes escritores del idioma y don Pedro no dio todo de lo que él se esperaba...

“En las cartas hablan de literatura, de religión, de política, de ciencia, de chismes literarios mexicanos y españoles, de los miembros de la generación del Ateneo, juegan a adivinar cómo serán ellos cuando llegue la vejez y la fama, se refieren a libros que están leyendo o han leído recientemente; de mujeres, de pecadillos cometidos por personas conocidas, murmuran su desaprobación ante ciertas actitudes...

“Estas cartas tienen mucho de prosa narrativa, de ensayo, de crónica, de historia menuda, y al estar redactadas por dos escritores para los cuales el idioma español tenía pocos secretos, constituyen una correspondencia de valor poco frecuente entre nosotros.”